

LA ERA DE LOS POPULISMOS

Sin duda alguna, el término "populismo" es uno de los más escuchados recientemente en los medios de comunicación. Sin embargo, ¿sabemos qué es el populismo? Según la RAE, podemos definir como populismo la tendencia política que pretende atraerse a las clases populares. A simple vista, tampoco parece algo negativo, sino todo lo contrario, puesto que el motor del sistema y quienes generan la riqueza son los trabajadores. Aun así, populismo tiene un significado peyorativo, utilizado para deslegitimar a partidos rivales y lo asociamos con aquellos discursos que prometen una fácil solución a problemas complejos. En definitiva, demagogia.

Esta palabra se utiliza tanto con los partidos de izquierda como con los de derechas. Ahora bien, aquí hay que hacer una distinción fundamental, hay que determinar cuál es la causa de esa crisis para estos partidos. Los partidos de izquierda culpan de la situación al sistema capitalista que nos gobierna, donde se busca someter a la mayoría de la población, a las clases populares; en definitiva un enfrentamiento entre "los de abajo" contra "los de arriba". Por el contrario, los partidos de derechas culpan de esa situación a los inmigrantes, a los de fuera.

Ante la crisis económica, social y política actual, donde los cimientos del modelo neoliberal se tambalean, surgen partidos radicales a ambos lados del eje político o bien se produce un aumento de votos a estos partidos, debido a que la gente ya no confía en los partidos tradicionales y busca soluciones. Estos partidos radicales se presentan como los "*anti-establishment*", aquellos que pondrán una solución a los problemas del momento y cuyo alimento han sido las imposiciones económicas de una élite europea que sólo ha pensado en sus beneficios y que no ha hecho más que generar pobreza. Sin embargo, los partidos definidos como populistas de derecha no suponen más que una renovación de este *establishment*, ya que se limitan a culpar a la inmigración de la situación económica en vez de detectar el verdadero culpable de la coyuntura: el neoliberalismo de las élites que no gobiernan.

La UE ha llevado a cabo unas políticas de austeridad que no eran la receta para salir de la crisis, sino que eran la receta para que los bancos y las grandes empresas pudieran seguir obteniendo beneficios a pesar de la recesión económica. Esto se puede apreciar fácilmente aquí en España: mientras se rescató a bancos con dinero público, estos bancos desahuciaban a gente de sus casas y a pesar de haberles arrebatado su hogar, debían seguir pagándolo; mientras el número de familias que no pueden hacer frente al pago de servicios básicos como el agua, la luz o el gas debido a la subida de los mismos, los beneficios de estas empresas privadas no han dejado de aumentar. Este último caso de hecho se saldó con la reciente defunción de Rosa, una anciana de Reus, al quemarse su casa debido a un accidente con una vela que utilizaba para alumbrarse. Este recorte de derechos avanza sin frenos hacia la negociación de tratados comerciales como el TTIP o el CETA, que dejan la soberanía de los países en manos de las multinacionales en lugar de en el pueblo. Si estos tratados entran en vigor, una multinacional podrá demandar a un Estado si este pone alguna traba en que sus beneficios alcancen el máximo, y este juicio no lo llevarán los tribunales de justicia ordinarios, sino que se crearán unos específicos para llevar estos casos.

Conviene analizar el porqué en su mayoría, este descontento general lo está acaparando la derecha populista, proteccionista y partidaria de la antiinmigración, con el auge del Frente Nacional de Marine Le Pen en Francia, de Alternativa por Alemania en dicho país, el Partido por la Libertad de Geert Wilders en Holanda, el UKIP en Inglaterra o la victoria de Donald Trump en Estados Unidos, donde se culpa al inmigrante de los problemas y se generaliza poniendo la etiquetas de terrorista a un colectivo, incluso estableciendo muros entre las fronteras (cabe decir que este muro ya existe en la frontera entre EEUU y México desde 1996) para no permitir la llegada de gente de fuera. Vemos como la derecha ha sabido reinventarse para obtener un discurso que cala entre las masas obreras y la mujer.

Podremos plantearnos la cuestión de por qué en España no ha surgido un equivalente a estos partidos ultranacionalistas de otros países europeos. Por una parte, parece que la izquierda española ha servido de cortafuegos a la extrema derecha. Sin embargo, en la otra parte, gran parte de esta ultra derecha la acapara el Partido Popular, el cual nos gobierna, por lo que muchos nostálgicos del franquismo y los sectores más conservadores y reaccionarios de la sociedad se refugian en este partido.

Junto a esto, la llegada masiva de refugiados que huyen de las guerras en Oriente y África ha servido como argumento a esa extrema derecha y además como combustible para su auge. Ahora bien, hay que decir también que Occidente es responsable del origen de monstruos como ISIS o Al Qaeda, argumentos principales de ultraconservadores. Al igual que EEUU financió y entrenó a grupos islamistas radicales para la invasión de la Afganistán socialista en los 80 (el mismo Bin Laden fue entrenado por la CIA), tenemos un intermediario entre Occidente y estos grupos terroristas de Oriente Medio: Arabia Saudí. Este país, poseedor de las mayores reservas de petróleo del mundo es quien financia al Estado Islámico con el dinero que obtiene de nuestra compra de petróleo y nuestra venta de material armamentístico. Tras el reciente veto de Trump a inmigrantes de ciertos países (Siria, Libia, Irán, Irak, Sudán, Yemen y Somalia), ¿no resulta extraño que Arabia Saudí no esté incluida en esa lista? En adición, es lógico que nos planteemos la pregunta de quién crea esas guerras, o cuál es la causa de su surgimiento. En numerosas ocasiones (más aún cuando hay petróleo y otros recursos en juego) nosotros mismos somos los artífices de estas guerras, como en Irak, Afganistán, Siria o Yemen. Los grupos terroristas no pueden ser nuestros aliados o rivales según a qué interés sirvan. Esto evidencia que la xenofobia de la derecha llega hasta donde empiezan los beneficios económicos.

No podemos seguir tratando al mundo como un tablero de ajedrez donde cambiemos gobiernos a nuestro antojo para que sean favorables a nuestros intereses a través de golpes de estado como el ocurrido en Chile en 1973 contra el gobierno de Salvador Allende, los centenares de intentos de asesinar a Fidel Castro y derrocarlo de su puesto o bien financiando grupos islamistas radicales que atentan contra los derechos humanos y arrasan con cualquier ser humano que encuentren a su paso.

Ante esto, es responsabilidad individual el tomar una conciencia de clase y reflexionar sobre quién es el verdadero enemigo y el causante de esta situación, y la realidad es que el enemigo no es de raza ni género, sino de clase. Durante toda la historia de la humanidad, ha existido y sigue existiendo una lucha de clases, donde unos pocos sometían a la mayoría y se creían por encima de ellos. Sin embargo, los avances conseguidos por la clase obrera, mayoritaria en todas las sociedades, a través de revoluciones han permitido equilibrar esa balanza entre el esclavo y quienes ostentaban el poder, las clases altas. Por ello, no debemos confiar toda la labor política a unos dirigentes políticos pegados a la moqueta del Congreso, sino que debemos hacer un doble papel: en las instituciones y en las calles. Los partidos políticos populistas de izquierda (entendiendo populismo como el acercarse a las clases populares y buscar su bienestar) deberán legislar en nuestro favor, a la vez que los ciudadanos de a pie debemos pelear por los derechos que nos están arrebatando en nuestro campo de batalla: las calles. Debemos manifestarnos contra todo recorte en nuestra libertad y nuestros derechos, no dudar en huelgas, apoyando a cualquier sector oprimido en busca de la igualdad y justicia sociales, que los gobernantes sientan que el pueblo unido no va a dar ni un paso atrás en su lucha por sus derechos, porque los derechos sociales de los que ahora gozamos se han logrado derramando sangre en las calles, no han caído del cielo. Por tanto, el origen de la democracia no ha sido otro que la revolución obrera en busca de una sociedad más justa que ha conseguido concesiones por parte de las clases altas cuando vieron sus privilegios temblar, temerosos de las clases bajas.

Así, no se trata de establecer un conflicto entre el penúltimo al último, sino de lanzar una valiente y orgullosa mirada de los de abajo contra los de arriba.

Actualmente, toda la maquinaria del estado está llevando a cabo un proceso de adoctrinamiento para que esa conciencia no surja o la enfoquemos a lo que no debemos mediante los medios de comunicación y la represión de las fuerzas de seguridad para afianzar el *status quo* de una élite adinerada a través del abuso de poder.

Podemos ver como los medios de comunicación nos demonizan ciertas posturas y tratan de encauzarnos u orientarnos hacia otras. Un ejemplo es el actual caso del sector laboral de los estibadores, donde se está encubriendo una reforma de la cual detrás se encuentran grandes empresas como OHL o JP Morgan y que supondría una reducción de su salario de un 60%. Bien, pues este colectivo está recibiendo calificaciones como "privilegiados".

Sin embargo, no llaman privilegiados a gente como los propietarios de las grandes empresas eléctricas, que durante la crisis se embolsaron más de 56.000 millones mientras a nosotros se nos subían la luz y el gas más de un 50% y como resultado se le cortaron estos servicios a mucha gente incapaz de hacer frente a estos gastos. A su vez, tras el "no" del Parlamento al Real Decreto sobre la reforma en el sector de la estiba, algunos políticos calificaron de "irresponsabilidad" esta decisión, alegando una multa de Europa de unos 130.000€ al día, hasta llegar a 50 millones, por lo que se han generado muchas quejas a nivel popular, llegando a equipararlo con la cantidad de pensiones con las que se paga esa sanción.

Por el contrario, ningún medio lo ha hecho con el rescate con dinero público a las autopistas de gestión privada, que nos costarán unos 5.000 millones, una cantidad muy superior, además de no mencionar que de haberse aprobado este decreto, hubiera implicado un desembolso de entre 300 y 350 millones de dinero público para sufragar indemnizaciones por despidos de estibadores junto a otros 225 millones en prejubilaciones. En total, unos 500 millones, una cifra diez veces superior. También, este hecho constata que la Unión Europea trata de imponer la precarización del trabajo amenazando con multas, por lo que la soberanía española estaría actuando bajo coacción. Si el Parlamento de un país, representante de la voluntad popular, rechaza el liberalizar la estiba, ¿por qué Europa no respeta nuestra decisión y ha de multarnos?

Por tanto, vemos como estos medios fomentan la pelea entre los de abajo, seguimos enfrentados entre esclavos en lugar de derrocar al amo. Debemos cuidarnos de esos medios, puesto que en su amplia mayoría pertenecen a esa élite y como es lógico, esas élites no quieren que nos organicemos y pensemos que el verdadero problema son ellos. Esto se puede comprender muy bien siguiendo el concepto de "hegemonía" de Antonio Gramsci, que dicta que la clase burguesa oprime a los proletarios a través de las fuerzas represivas del Estado, pero además a través del control sobre los medios de comunicación, sistema educativo o religión, inhibiendo así todo su potencial revolucionario al educarlos en su sometimiento.

Respecto a los principales medios de comunicación españoles, podemos encontrar los grupos Prisa, Mediaset y Atresmedia. Entre los inversores y miembros de los consejos de administración de estos medios podemos encontrar a grandes empresas como el banco Santander, el banco Sabadell, HSBC, Caixabanc, JP Morgan, P&G, Repsol YPF, Movistar, Peugeot, Vodafone o Endesa, entre otros muchos. Sin unos medios de comunicación emancipados del capital de las clases altas, no podremos hablar de libertad de prensa, puesto que esta está condicionada a los intereses y beneficios de unos pocos.

En resumen, pese a oír muy habitualmente el término populismo, hay que distinguir cuál es el mensaje que se lanza a la clase obrera y a aquellos grupos que durante las últimas décadas han visto mermadas sus posibilidades de realizar un proyecto de vida y en especial, hacer hincapié en por qué la extrema derecha está canalizando su descontento en lugar de lo que es una responsabilidad de los partidos de la izquierda. Esto es una necesidad urgente ya que el fascismo está llamando a las puertas de Europa. Como bien dijo el filósofo Carlos Fernández Liria, si no logramos un populismo de izquierdas, donde nos atraigamos a las clases populares, uno de derechas ocupará su lugar, y este populismo de derechas no es más que una antesala del fascismo, como podemos ver en la actualidad.

Carlos MONTERO (2º de Bachillerato)